

**Sábado, 19 de marzo de 1977**



## La parcela

Mamá Pauline dice a menudo que cuando salgamos tenemos que acordarnos de ponernos ropa limpia porque la gente critica antes que nada lo que llevamos puesto, lo demás se puede disimular, por ejemplo unos calzoncillos estropeados o unos calcetines con tomates.

Por eso acabo de cambiarme de camisa y de pantalón corto.

Papá Roger está sentado debajo del mango, al fondo de la parcela, muy concentrado escuchando nuestra radio nacional, La Voz de la Revolución Congoleña, que, desde ayer por la tarde, solo emite música soviética.

Sin darse la vuelta, me da instrucciones:

— ¡No te entretengas por el camino, Michel! Que no se te olviden los recados de tu madre, mi vino tinto, mi tabaco, ¡y no pierdas las vueltas!

Me pide que no me entretenga porque tengo la costumbre de admirar los coches de los capitalistas negros de la avenida de l'Indépendance, diciéndome para mis adentros que no volveré a verlos nunca más en la vida. Me quedo parado mirándolos, imaginando que en un futuro me compraré uno, que por las noches lo escondo.

deré en un garaje vigilado por bulldogs a los que daré de beber Johnnie Walker Red Label mezclado con alcohol de maíz para que sean diez veces más agresivos que los perros de los blancos del centro. Me enfrasco en esos pensamientos, se me olvidan los recados de Mamá Pauline, ya no recuerdo que Papá Roger también me ha encargado vino tinto y el rapé que se mete por la nariz y que hace que se le salten las lágrimas.

Mi padre también se preocupa por las vueltas porque tengo un problema desde la escuela primaria: los bolsillos de mis pantalones cortos a veces tienen agujeros, en ellos escondo pedacitos de alambre que uso para arreglar las chanclas de plástico si se me estropean en plena calle. Así que, en vez de guardarme el dinero en los bolsillos, lo aprieto muy fuerte en la mano derecha. Por desgracia, en el momento en que saludo a los papás y las mamás del barrio que voy encontrándome por el camino (es obligatorio hacerlo para que no vayan contándoles cuentos a mis padres), pues bien, el dinero se cae al suelo. Tengo que recogerlo a toda prisa, si no, los grandullones que fuman cannabis en las esquinas de las calles se apoderan de él para comprarles regalos a esas chicas tan flacas que holgazanean con ellos, las «fugadas». Si las llamamos las «fugadas» es porque ellas se lo han buscado: se fugaron de la casa de sus padres, van vestidas como si no fueran vestidas, se les ve todo gratuitamente, no les da vergüenza, y encima aceptan hacer con cualquier chico unas cosas que no voy a exponer aquí, de lo contrario van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta...

Antes de salir de nuestra parcela, la observo detalladamente. Hay alambres de púas todo alrededor. La entrada son cuatro tablas unidas, con huecos para que sepamos de antemano quién quiere entrar en nuestra casa. Antiguamente, para confundir a Mamá Pauline y a Papá Roger, yo pasaba entre los alambres de púas, primero una pierna, luego la otra, salía sin hacerme pupa y me iba con mis amigos al río Tchinouka para cazar golondrinas y tejedores. Pero todo eso pasaba cuando iba a la escuela primaria, y como ahora estoy en el colegio de las Tres Gloriosas, ya puedo salir por la puerta.

Fue Mamá Pauline la que compró esta parcela, y la que encargó a su hermano pequeño, el Tito Mompéro, que nos construyera una casa. Era demasiado caro construir en firme, por eso la nuestra es de tablas de madera. Los pontenegrinos tienen un nombre para esa clase de viviendas, las llaman «casas en espera». Yo no estoy de acuerdo porque en este barrio hay muchas familias que querían demostrar que eran ricas, empezaron a construir en firme, y luego nunca llegaron a instalar las maravillosas ventanas que aíslan de los ruidos de la calle porque cuestan muy caras. ¿No son más bien esas familias las que tienen «casas en espera»? La nuestra por lo menos está terminada del todo, no hay nada que añadir, está hecha de tablas de ocume con el tejado de tejas y ventanas de contrachapado. Tenemos dos dormitorios: uno para mí, otro para Mamá Pauline y Papá Roger. En el de mis padres huele a naftalina las veinticuatro horas del día. Ese olor ahuyenta las cucarachas y demás insectos que estropean las telas wax de mi madre. La cama está muy bien hecha gracias a Papá Roger, que ha copiado la técnica de las camareras del hotel Victory Palace,

que es donde trabaja. Su patrona, la señora Ginette, está muy contenta con él: es raro llevar veinte años trabajando en un hotel sin afanar los bonitos manteles y sobre todo las sábanas fabricadas en Europa.

En las habitaciones del hotel Victory Palace las sábanas son blanquísimas, Mamá Pauline no quiere verlas en nuestra casa, dice que el color blanco es para los cadáveres de la morgue del hospital Adolphe-Cissé, por eso prefiere poner sus propias sábanas de wax, muy coloridas. A mí lo que más me gusta de su cama son los almohadones y los dibujos que mi madre tejió encima: dos pájaros que se besan con el pico, el más grande es Papá Roger y el más delgado es Mamá Pauline. Con esos almohadones, el sueño tiene que ser agradable por fuerza, sin los leones y las panteras a las que les gusta devorar personas en sus sueños en vez de animales malos como las serpientes venenosas o los escorpiones.

Como solo tenemos dos dormitorios, surgen muchas complicaciones cuando los aldeanos de nuestra familia llegan a Pointe-Noire y no saben dónde dormir. No podemos echarlos, no vamos a decirles que no los conocemos, así que les dejamos dormir en el salón, sobre unas esteras, porque si durmieran en camas de verdad alardearían de que la casa es suya y se quedarían hasta el día de su muerte. Para colmo, si Mamá Pauline y Papá Roger murieran antes que ellos, me pondrían de patitas en la calle para heredarlo todo.

En el salón tenemos una mesa que cojea mucho, y mi madre dice que es minusválida, que tiene una pata mala. Yo tengo la misión de equilibrar esa pata con dos piedrecitas cuando viene gente importante a comer a casa. Las piedrecitas las escondo en el armario que hay al lado

de la ventana, el único mueble que Mamá Pauline heredó hace dos años, cuando murió el Tito Albert Moukila, que trabajaba en la Sociedad Nacional de Electricidad, la SNE. Los parientes aldeanos que vinieron para el funeral se abalanzaron sobre los bienes de su hermano mayor, pidieron a mis primos que despejaran la nueva casa que su papá había construido para ellos en el barrio de Comapon y que se las apañaran con la familia de su madre. Ese tío mío era muy bueno, regalaba la corriente a la gente de nuestra etnia que vivía cerca de su parcela, en el barrio Rex. Nosotros estamos demasiado lejos de ese barrio, y el difunto Tito Albert no podía tirar un cable desde allí hasta nuestra casa en Voungou para que tuviéramos luz gratis. Bueno, si no tenemos corriente es más que nada porque Voungou todavía es un barrio nuevo. Aquí antes estaban los cementerios de los vili, la tribu que vive en Côte Sauvage y que come tiburones aunque haya otros peces más pequeños en el mar. Los jefes vili arrasaron los bonitos cementerios y vendieron las parcelas sin consultar con sus muertos. La venta de esos terrenos fue una buena noticia para los que no podían comprar uno en los otros barrios de Pointe-Noire donde viven los miembros del Partido Congoleño del Trabajo con sus barrigotas y sus calvas brillantes.

Nuestra cocina está fuera, pegada a la casa, como un niño a la espalda de su madre. No hay acceso directo para entrar, así que tenemos que rodear la casa entera. El baño queda justo enfrente, bien lejos de la cocina, porque si no los malos olores se meten en la comida que se está preparando y se nos quita el apetito. A decir verdad, no merece el nombre de baño porque son solo cuatro planchas metálicas que el Tito Mompéro ensam-

bló para que los transeúntes no puedan vernos desde la calle. Cuando tengo ganas de hacer pipí u otra cosa más importante que no quiero desvelar aquí porque si no van a volver a decir que yo, Michel, soy un exagerado y que a veces digo groserías sin darme cuenta, tengo que coger un cubo lleno de agua que vacío al final para que la persona que venga después de mí no descubra jamás lo que ha pasado antes. Pero, ojo, tengo que estar muy atento, porque si derramo mal el agua me salpica en los pies y las moscas me dan la lata todo el día.